

Emoción materializada

Salvador Elizondo

Pocas veces se suscita la emoción de una pintura en la que no median entre la paleta y el lienzo ni la composición premeditada ni la línea calculada con toda exactitud ni, en términos generales, el diseño y, sobre todo, la meticulosa autocrítica del artista, que la deforman y le restan espontaneidad.

En las pinturas de Lucinda Urrusti queda la emoción pura de plasmar sobre la tela la forma cumplida tan sólo con la materia plástica y la punta del pincel: la emoción materializada y tangible. No hay datos y documentación geométrica; nada es abstracto; todo es concreto y real, pero nada es “realista” o demostrable en los dudosos términos de una idealización matemática; las flores, los cuerpos, las casas están allí como si sólo fuera para ser tocados con los ojos y con la mano de la mente

que los discierne pero que no los define con esa nitidez que los privaría de su condición de vaguedad etérea, que los determina y que, en resumidas cuentas, los hace más ilusorios que visibles; no menos sensuales.

La materia sustancial de la que están hechos es inefable, la inspiración que los anima indescriptible e imponderable. Una mano mirífica los envuelve en una pura luz hecha de densas veladuras, de colores imprecisos y mágicos, ardientes en su esencia, evanescentes y ambiguos en sus irradiaciones y matices trabajados al fuego lento de la pasión más intensa, depurada en ese crisol que simplifica y en cuyo fondo sólo queda la materia más fútil, más esencial y más pura. Yo reconozco a la primera mirada la inmaterialidad de esa materia y su pureza sensible de inmediato. Deseo que la conserve intacta para siempre.



Lucinda Urrusti con Manuel Felguéz, Vicente Rojo, Lilia Carrillo, Albita Rojo, Héctor Xavier, Alberto Gironella, Pedro y Rafael Coronel, José Luis Cuevas y Vlado, entre otros, en los años sesenta